

principios de la moral ya son desconocidos á la mayor parte de los hombres. Por eso los vemos sometidos á las preocupaciones mas destructoras, á los mas bárbaros usos, á las opiniones mas falsas, de una ciega rutina, cuyo efecto es engañarlos é impedirles el conocer sus intereses y los objetos que deben apetecer ó menospreciar: la verdadera gloria, el verdadero honor, los mas evidentes deberes, y las verdades mas demostradas están obscurecidas por una inmensidad de errores que forman un laberinto, del que dificilmente puede salir el entendimiento humano.

¡Qué moral seria la que se fundase sobre las preocupaciones, las opiniones y las costumbres por lo comun tan abominables, como las que se ven establecidas en la mayor parte de los pueblos de la tierra! En casi todo pais la violencia y la fuerza constituyen el derecho y la ley.

Los mas frivolos intereses enemistan á unos pueblos con otros. El homicidio, la guerra, el duelo, la crueldad, el adulterio, el robo, y la infidelidad, no son crímenes á los ojos de muchas naciones que se llaman civilizadas. En una palabra, á vista de la conducta que la mayor parte de los hombres observa, muchos han creído que la moral no tenia principios seguros, que era una pura quimera, y que sus reglas y deberes pendian únicamente del capricho de los legisladores y de las convenciones de los hombres.

La verdad, fundada sobre la esperiencia, es la que debe juzgar de los hombres, de sus instituciones, de su conducta y de sus costumbres. La ignorancia y el error son los manantiales del mal moral: la verdad sola, ilustrando á los mortales acerca de la naturaleza de las cosas, podrá hacerlos algun dia mejores y mas racionales.

CAPITULO XI.

De la razon.

EN la moral, la razon es el conocimiento de la verdad aplicada á la conducta de la vida: es la facultad de distinguir el bien del mal, lo útil de lo dañoso, los intereses verdaderos de los aparentes, y de arreglar por aqui su conducta.

Cuando se dice que el *hombre es un ser racional*, no se quiere dar á entender por esto que traiga consigo al nacer el conocimiento de lo que es ventajoso ó perjudicial, sino solamente que él goza de la facultad de sentir, y de conocer y distinguir lo que es favorable de lo adverso, lo que debe amar y buscar, de lo que debe aborrecer y huir, lo que causa un bien permanente de lo que solo produce un placer momentáneo y pasagero. De donde es forzoso concluir, que la razon en el hombre

no puede ser sino el fruto tardío de la experiencia, del conocimiento de la verdad, y de la reflexion; para lo cual se requiere, como se ha visto, una buena organizacion, un temperamento moderado, una imaginacion arreglada, y un corazon libre de preocupaciones y de pasiones turbulentas. De esta feliz y rara combinacion de circunstancias resulta una razon ilustrada, la única capaz de guiar á los hombres en la conducta de la vida. *Sola la ciencia del bien y del mal, dice Séneca, es la que perfecciona el espíritu* (1).

En su infancia muestra el hombre tan poca razon como los brutos: ¡mas que digo! mucho menos capaz de ayudarse que la mayor parte de las bestias, sin el socorro de sus padres el hombre pereceria á cada instante desde su nacimiento: solo á fuerza de las esperiencias que se graban con mas ó ménos facilidad en su memoria aprende á conservarse, á conocer los objetos, á distinguir los que le agradan de los que le disgustan, los que le causan un bien de los que le producen un mal. Un niño acosado del hambre lleva naturalmente á la boca cuanto coge en sus manos, si percibe entónces por medio del sentido del gusto una impresion agradable, esta esperiencia basta para que fije la idea de placer en el objeto que se le

(1) *Una re consummatur animus, scientiá bonorum et malorum immutabili.* Séneca, Epist. 88. pág. 389. Tom. 2. Edit. Varior.

ha producido, desde entónces ama este objeto, le desea, se habitúa á él, tiende la mano para obtenerle, y se irrita y llora si se le reusa: al contrario, si un objeto ha escitado en su paladar una sensacion dolorosa ó desagradable, le aborrece, su sola vista le repugna, porque recuerda la impresion de disgusto que le ha causado, y no se le puede obligar á que le tome sin gritos y lágrimas.

Al nacer, el hombre no es mas que una masa inerte, pero capaz de sentir. Poco á poco va aprendiendo á conocer lo que debe amar ó temer, lo que debe querer ó no querer, y los medios que necesita emplear para obtener las cosas que desea, y para evitar ó huir aquellas que pueden dañarle: á fuerza de tiempo aprende á moverse, caminar, hablar y espresar sus pasiones y deseos. En una palabra, con mucha lentitud aprende á obrar; y reiterando las esperiencias que sus padres, su nutriz, ó sus maestros le ayudan á hacer, adquiere el hábito ó la facilidad de hablar, de escribir y de pensar como los demas hombres (1).

(1) Los Autores antiguos, y algunas relaciones modernas, nos hablan de pueblos tan groseros que ignoraban todavía el uso de la palabra. Diodoro de Sicilia atribuye esta ignorancia á los *Ictiófagos*, que segun él, solo tenian algunos gestos para comunicarse sus ideas. Garcilaso de la Vega refiere lo mismo de algunas poblaciones vecinas al Imperio de los Incas del Perú.

CAPITULO XII.

Del hábito ; de la instruccion ; de la educacion.

EDUCAR , instruir á un niño , desenvolver su razon , es ayudarle á hacer sus esperiencias , es comunicarle las que cada uno ha hecho por sí mismo , es transmitirle las ideas , las nociones y los juicios que ha formado. La esperiencia superior , ó la razon mas ejercitada de los padres y de los maestros es el fundamento natural del imperio ó de la autoridad que tienen sobre la infancia ó la juventud. El respeto que se muestra en la sociedad á los ancianos , á los magistrados , á los soberanos , supone en ellos mas esperiencia , mas razon y mayores luces que en los demas hombres. La consideracion que se tiene para con los sabios , los ministros de la religion , los médicos , etc , se funda en la idea de la esperiencia que han adquirido relativamente á los objetos de su profesion. El sabio es digno de aprecio y estimacion , porque goza de una razon mas ilustrada que el vulgo.

El hombre llega á ser lo que es con el auxilio de sus esperiencias ó de las que los otros le comunican , siendo la educacion quien le modifica y le forma. De una meza que solo siente , de una máquina casi inanimada , con el socorro de la cultura llega poco á poco á ser

un hombre experimentado que conoce la verdad , y que , segun el modo con que ha sido modificado , manifiesta despues mas ó menos razon.

El hombre en la infancia aprende no solamente á obrar , mas tambien á pensar. Nuestras ideas , nuestras opiniones , nuestros afectos , nuestros intereses , las nociones que tenemos del bien y del mal , del honor y del deshonor , del vicio y de la virtud , nos son inspiradas primeramente por la educacion y despues por la sociedad : si estas son verdaderas y conformes á la esperiencia y la razon , nosotros somos racionales , rectos y virtuosos ; mas si estas ideas son falsas , nuestra alma se llena de errores y de preocupaciones , viniendo á ser como animales sin razon , que carecemos de la capacidad necesaria para ser felices , y contribuir á la felicidad de los demas.

En la infancia contraemos nuestros hábitos buenos ó malos , esto es los modos de obrar útiles ó dañosos á nosotros mismos y á los demas. El *hábito* , en general , es una disposicion en nuestros órganos , causada por la frecuencia de unos mismos movimientos , de donde resulta la facilidad de producirlos. Un niño aprende trabajosamente á caminar ; mas poco á poco , y á fuerza de ejercitar sus piernecitas , adquiere el hábito , anda con soltura , y se mortifica despues cuando se le prohíbe el correr. En la tierna infancia el hombre solamente usa de gritos ó de sonidos inarticulados ; mas poco

á poco su lengua con el ejercicio pronuncia las palabras, consiguiendo luego hablar con rapidez.

Nuestras ideas, en la moral, son los efectos del hábito (1). Las nutrices, los maestros y los padres comunican á sus alumnos las nociones verdaderas ó falsas de que están imbuidos: si sus nociones son conformes á la esperiencia, sus alumnos formarán ideas verdaderas de las cosas, y contraerán hábitos ó costumbres convenientes; mas si sus nociones son falsas, las personas, á quienes desde la infancia se les hubiese dado á beber en la copa del error, serán irracionales y viciosas.

Las opiniones de los hombres son las asociaciones verdaderas ó falsas de las ideas, las cuales llegan á serles habituales á fuerza de reiterarse en sus cerebros. Si desde la infancia se mostrase la idea de virtud enlazada siempre con la del placer, de la felicidad, del aprecio y de la veneracion: si los ejemplos perniciosos no desmintiesen despues estas asociaciones de ideas, era ciertamente de esperar que un niño, criado de este modo, fuese un hombre de bien y un apreciable ciudadano. Pero si desde su mas tierna infancia, el hombre, por las ideas de sus padres ó de sus maestros, se habitúa á fijar

(1) El carácter, dice Hobbes, es fruto del temperamento, de la esperiencia, del hábito, de la buena ó mala fortuna, de las reflexiones, de los discursos, del ejemplo, de las circunstancias. Cambiad estas cosas, y el carácter se cambiará también. Las costumbres resultan del hábito convertido en carácter.

la idea de la felicidad en la pompa, el oro, la nobleza del nacimiento y el poder, ¿que es de admirar que sea un hombre vano, avaro, soberbio y ambicioso?

La razon es el hábito contraido de juzgar sanamente de las cosas, y de conocer con prontitud lo que es conforme ó contrario á nuestra felicidad. Lo que se llama *instinto moral*, es la facultad de juzgar prontamente, sin dudar, y sin que parezca que la reflexion tenga parte en nuestros juicios. Este instinto ó esta prontitud de juzgar es un efecto natural del hábito adquirido por el ejercicio frecuente. En lo físico, nos dejamos llevar por instinto hácia los objetos apacibles á nuestros sentidos; y en lo moral, sentimos un afecto repentino de aprecio, de admiracion y de amor á las acciones virtuosas, y de horror á las criminales, de las que conocemos al primer aspecto su tendencia y su fin.

La prontitud con que las personas ilustradas y virtuosas ejercen este *instinto* ó tacto moral, ha hecho creer á muchos moralistas que esta facultad era innata en el hombre; pero ciertamente no es otra cosa que el fruto de la reflexion, del hábito, y de la cultura, que aprovecha nuestras disposiciones naturales, ó que nos inspira los sentimientos que debemos tener. En la moral, como en las artes, el gusto ó la aptitud para juzgar de las acciones humanas, es una facultad adquirida por la esperiencia, la cual es nula en un gran número de hombres. El

hombre sin cultura, el salvaje, el hombre vulgar, no tienen ni el instinto ni el gusto moral de que hablamos; por el contrario, estos por lo comun juzgan mal de las cosas (1): la multitud admira á veces los enormes delitos, las injusticias y las violencias mas crueles en los héroes y en los conquistadores, á quienes llama grandes hombres. Sola la reflexion y el hábito nos enseñan á juzgar sana y prontamente en la moral, ó á descubrir en un solo momento las bellezas ó deformidades de las acciones de los hombres.

Estas reflexiones nos dan á conocer la importancia de una buena educacion: ella sola puede formar hombres racionales, virtuosos por hábito, capaces de hacerse felices á sí mismos, y de contribuir á la felicidad de sus semejantes. El hombre no debe ser considerado, como inteligente y racional, sino cuando toma los medios verdaderos y acertados de ser feliz; y es irracional, imprudente é ignorante, cuando sigue un opuesto camino.

Los placeres del hombre son racionales, cuando contribuyen á procurarle un bienestar sólido, siempre preferible á los deleytes pasajeros. Las pasiones y las voluntades del hombre son racionales, siempre que se proponen objetos verdaderamente ventajosos para sí; las acciones del hombre son racionales cuando conducen al

(1) *Interdum vulgus rectum videt; est ubi peccat.* HORAT., Epist. I. Lib. II. Vers 63.

logro de verdaderos bienes, sin dañar á los otros. El hombre, pues, guiado por la razon no quiere, ni desea, ni hace sino lo que le es verdaderamente útil; jamas pierde de vista lo que se debe á sí mismo, y lo que debe á los otros con quienes vive en sociedad. Toda la vida de un ser sociable debe ser acompañada de una atencion continua con respecto á sí propio y á los demas hombres.

 CAPITULO XIII.

De la conciencia.

Las esperiencias que hacemos, las opiniones verdaderas ó falsas que nosotros formamos ó que otros nos comunican, nuestra razon mas ó menos cultivada, los hábitos que contraemos, y la educacion que recibimos, desenvuelven en nosotros un sentimiento interior de placer ó de dolor que se llama *conciencia*. Esta puede ser definida, el conocimiento de los efectos que nuestras acciones producen en nuestros semejantes, y por reaccion en nosotros.

A poco que se reflexione se conocerá que la conciencia, lo mismo que el *instinto* ó el sentimiento moral de que acabamos de hablar, es una disposicion adquirida, y que con muy poco fundamento muchos moralistas la han mirado como un sentimiento innato, es decir como una cualidad inherente á nuestra naturaleza

Cuantas observaciones se hagan en la moral, nos probarán que el hombre es una tabla rasa mas ó menos dispuesta á recibir las impresiones que se hicieren en ella. *Las leyes de la conciencia*, dice Montaigne, *que creemos nacidas de la naturaleza, nacen de la costumbre; porque respetando cada uno en su interior las opiniones y las costumbres aprobadas y recibidas universalmente, no puede desprenderse de ellas sin remordimiento; ni observarlas sin celebridad.* Plutarco habia dicho mucho antes, *que las costumbres y los caracteres son cualidades impresas por el largo transcurso del tiempo; y quien diga que las virtudes morales se adquieren tambien por la costumbre, á mi parecer no hablará fuera de propósito* (1).

Un hombre que no tenga ideas puras de la justicia, ¿como podrá tener la conciencia de haber cometido una accion injusta? Es menester haber conocido por nuestra propia experiencia, ó por la que nos es comunicada, los efectos que las causas producen en nosotros, para juzgar de estas causas, esto es para saber si nos son favorables ó dañosas. Se necesita de experiencias y reflexiones multiplicadas para descubrir y prever las influencias de nuestra conducta con los otros, ó para presentir sus consecuencias á veces muy remotas.

Una conciencia ilustrada es la guia del hom-

(1) Essais de Montaigne, lib. I. c. 22. Plut. Tratado: *Como se han de criar los niños.*

bre moral; mas esta es solamente el fruto de una grande esperiencia, de un conocimiento perfecto de la verdad, de una razon cultivada, de una educacion reguladora del temperamento, capaz de aprovecharse de la cultura que se le haya dado. Semejante conciencia, lejos de ser en el hombre el efecto de un *sentido moral* inherente á su naturaleza, lejos de ser comun á todas las criaturas de nuestra especie, es en extremo rara, y solo se encuentra en un pequeño número de hombres escogidos, de una fina constitucion, y dotados de una imaginacion viva y de un alma sensible y rectamente educada.

A poco que uno mire al rededor de sí, verá confirmadas estas verdades, y hallará pocos hombres capaces de hacer las experiencias y las reflexiones necesarias á la conducta de la vida. Son muy raros los que tienen la calma y la tranquilidad de espíritu que se requieren para pesar y prever las consecuencias de sus acciones; en fin, la conciencia de la mayor parte de los hombres está depravada con las preocupaciones, los ejemplos, las falsas ideas y las perversas instituciones que tiranizan la sociedad.

La mayor parte de los hombres tiene una conciencia *errónea*, esto es que juzga de un modo contrario á la naturaleza de las cosas: esto proviene de las opiniones falsas que se han formado, ó que han recibido de los otros, segun

las cuales atribuyen la idea del bien á las acciones que tendrían en realidad por perniciosas, si las examinasen con mayor madurez. Muchas gentes obran el mal, y aun cometen delitos con seguridad de conciencia, porque sus preocupaciones la pervierten.

No hay vicio que no pierda su deformidad cuando se ve aprobado por la sociedad en que vivimos: el delito mismo se ennoblece con el número y la autoridad de los culpados. Ninguno se avergüenza del adulterio ó de la disolución de costumbres en medio de un pueblo corrompido. Ninguno se sonroja de ser bajo y adulador en la corte. El soldado no se horroriza de sus robos y crímenes, antes bien se jacta y hace alarde de ellos á presencia de sus camaradas, dispuestos á obrar como él. A poco que se tienda la vista, se encuentran hombres muy injustos, muy perversos, inhumanos, y que sin embargo no se arrepienten ni de sus frecuentes injusticias, considerándolas como acciones y derechos legítimos, ni de sus crueldades, que miran como efectos de un valor laudable, ó como obligación. Vemos ricos á quienes su conciencia nada dice por haber adquirido una fortuna inmensa á costa de sus conciudadanos. Los viageros nos hablan de salvages que se creen obligados á matar á sus padres luego que la decrepitud los hace inútiles. Hallamos fanáticos y falsos zelosos, cuya conciencia infatuada por las ideas falsas de virtud

no perdona medios para esterminar sin piedad y sin remordimientos á cuantos no profesan sus mismas opiniones. En una palabra, hay naciones corrompidas, en que la conciencia no condena á los hombres los robos, los homicidios, los desafíos, los adulterios, las seducciones, *etc.*, porque estos delitos y estos vicios están aprobados ó tolerados por la opinion general, ó no los reprimen las leyes; así que, cualquier se entrega á ellos sin vergüenza ni remordimientos. Semejantes excesos solamente los evitan algunos hombres mas moderados, mas tímidos y mas prudentes que los otros.

La *vergüenza* es un afecto doloroso, que escita en nosotros la idea del desprecio en que sabemos haber incurrido.

El *remordimiento de la conciencia* es el temor que produce en nosotros la idea de que nuestras acciones han podido merecernos el odio ó el resentimiento de los otros.

El *arrepentimiento* es un dolor interior de haber hecho alguna cosa, de la cual conocemos las consecuencias desagradables, ó peligrosas para nosotros mismos.

Los hombres no tienen comunmente ni vergüenza, ni remordimientos, ni arrepentimiento de las acciones que ven autorizadas con el ejemplo, toleradas ó permitidas por las leyes, y practicadas por la multitud: estos sentimientos solo se escitan en ellos cuando conocen que sus acciones son universalmente conde-

nadas, ó que pueden ser castigados por ellas.

Un Espartano no se avergonzaba de un hurto ó de un robo hecho con maña y destreza, el cual autorizaban las leyes de su país. Un Déspota, continuamente aplaudido por sus aduladores, no se avergüenza del mal que hace á sus súbditos. Un arrendador ó administrador de las rentas públicas no se avergüenza de unos tesoros mal adquiridos bajo los auspicios de su soberano. Un duelista no se arrepiente de un asesinato que le honra muchas veces á los ojos de sus conciudadanos. Un fanático, en fin, se complace en las ruinas y desastres que su falso zelo causa en la sociedad.

Las reflexiones profundas y continuas sobre los respectos inmutables y deberes de la moral, son las únicas que pueden ilustrar la conciencia, y mostrarnos lo que debemos hacer ó evitar, á pesar de las falsas nociones que hallemos establecidas. La conciencia es nula, ó poco menos, en las sociedades ó poblaciones muy numerosas, donde los hombres no pueden ser particularmente observados, y los perversos se confunden entre la multitud. He aquí porque las grandes ciudades y las cortes son ordinariamente el centro y abrigo de los pícaros que se vienen á ellas de los pueblos ó de las provincias. Los remordimientos bien pronto se evaporan, y la vergüenza desaparece en el torbellino de los placeres y la disipacion continua. El atolondramiento, la superficialidad y la frivolidad forman

forman á veces hombres tan peligrosos como la perversidad misma. La conciencia del hombre superficial nada le redarguye, ó su voz se ahoga muy pronto en aquel que se halla en una continua agitacion, que no pesa ni reflexiona cosa alguna, y que nunca pone la atencion necesaria para prever las consecuencias de sus acciones. El hombre que no reflexiona, no tiene tiempo para juzgarse á sí mismo. En los grandes delinquentes, los golpes reiterados de la conciencia producen con el tiempo un endurecimiento que la Moral no puede destruir.

La conciencia solamente habla á los que se retiran dentro de sí mismos, y reflexionan sus acciones, y en quienes una buena educacion ha producido el deseo, el interes de agradar, y el temor habitual de hacerse odiosos ó despreciables. Un hombre así educado es un juez de sí mismo, que se condena cuando ha cometido alguna accion que puede alterar los sentimientos que quisiera escitar continuamente en aquellos, cuya estimacion y cariño son necesarios á su felicidad; que se avergüenza, que se confunde, y arrepiente, si alguna vez llega á obrar mal; que se observa en fin, y se corrige, temeroso de experimentar en adelante estos afectos dolorosos que le obligan al aborrecimiento de sí propio, porque se mira entonces con los mismos ojos que los demas le miran.

Se deduce, pues, que la conciencia supone una imaginacion que nos pinte de un modo vivo

y eficaz los afectos que suscitamos en los otros; un hombre sin imaginacion poco ó nada se representa estas impresiones ó afectos, y nunca se pone en el lugar de los otros. Es muy difícil hacer un hombre de bien de un estúpido, á quien su imaginacion nada dice, lo mismo que de un insensato en quien esta imaginacion está en una demencia continua.

Todo nos prueba que la conciencia, lejos de ser una cualidad innata ó inherente á la naturaleza del hombre, es solo fruto de la experiencia, de la imaginacion guiada por la razon, del hábito de examinarse el hombre, de la atencion á sus acciones, y de la prevision de las influencias de estas sobre los otros y de su reaccion sobre nosotros mismos.

La buena conciencia es la recompensa de la virtud, y consiste en la seguridad de que nuestras acciones merecen los aplausos, el aprecio y el afecto de la sociedad en que vivimos. Para estar justamente contentos de nosotros, es indispensable que sepamos que los otros lo estan, ó que deben estarlo. Ve aquí en lo que se funda la bienaventuranza, el reposo de la buena conciencia, la tranquilidad del alma, la felicidad duradera que el hombre desea y busca incesantemente, y á lo que debe encaminarle la moral. *El bien supremo consiste en la buena conciencia, y la virtud es el único medio que nos guia á este fin.*

CAPITULO XIV.

De los efectos de la conciencia en la moral.

Por una ley constante de la naturaleza, el malvado nunca puede gozar de una felicidad pura en el mundo (1). Ni sus riquezas ni su poder le aseguran de sí mismo; porque si en los lucidos intervalos que le dejan sus pasiones entra en su interior, es solo para oír los clamores y acusaciones de una conciencia atribulada con las horribles ideas que la imaginacion le ofrece. Así es que al asesino, en sueños y aun despierto, se le figura que ve la sombra dolorida de aquellos en cuyas gargantas ha embotado sin piedad el cuchillo; ve las miradas espantosas del público irritado que clama por venganza; ve los jueces rectos y severos que pronuncian su sentencia, ve en fin, y aun le parece que toca los aparatos del suplicio que tan justamente ha merecido. Estos espectáculos son algunas veces tan vivos y crueles en las almas de una imaginacion fogosa, que se han visto delincuentes ofrecerse ellos mismos al rigor de los jueces, buscando en los suplicios y en la muerte un asilo contra el remordimiento que los atormentaba sin cesar. Tales son los terribles efectos de la desesperacion en aquellos

(1) *Nemo malus felix.* JUVENAL. Sátira IV. Verso 8.

hombres, á quienes el horror de sus delitos hace imposible la reconciliacion consigo mismos.

Nos engañaríamos sin embargo si creyésemos que la conciencia obra de un modo tan poderoso en todos los culpados. Ella casi nada dice á los de torpe entendimiento; á los hombres sin madurez y distraídos habla de paso y á hurtadillas; en el tumulto de las pasiones enmudece; y en vano se opone á las inclinaciones del hábito, porque este se transforma en necesidad irresistible que cierra los oídos del hombre al clamor de la conciencia.

No nos admiremos de que tantos hombres cometan el mal sin pensar en él, ni de que persistan hasta el sepulcro en los vicios y desórdenes de que raras veces se acusan, ni de que jamas procuren reparar las injusticias que han causado á sus semejantes. El mal se enmienda cuando la conciencia nos atormenta de continuo. Las incesantes y profundas llagas que nos hace, nos obligan no solo al arrepentimiento, sino tambien á destruir, en cuanto nos es dable, el mal cuya idea nos asedia, y nos hace odiosos á los hombres. En la reparacion del mal, todo hombre trata de ponerse bien consigo mismo y con los otros; procura entonces desterrar de su espíritu las imágenes horrosas que le afligen; y se esfuerza en borrar del alma de los otros las impresiones de odio y resentimiento que su conducta ha debido producir en ellos.

Hay vicios, hay faltas, y aun hay delitos que pueden ser reparados. Una injusticia hecha á otro se repara haciéndole justicia, indemnizándole generosamente del mal que se le ha causado. La restitution enmienda el hurto. Una declaracion solemne puede reparar las ofensas hechas á la reputacion agena. Las demostraciones de sumision y de arrepentimiento pueden desarmar el odio que una injuria ocasiona. El corazon humano se dilata y reanima siempre que satisface el mal, cuya idea le oprime y atormenta. Empero nada suele ser tan raro y difícil como una reparacion completa, esto es capaz de disipar enteramente en nosotros las cicatrices de la conciencia, y en los otros la memoria de la ofensa ó mal que les hacemos. El hombre siente un dolor en su interior, y un oculto afecto de desprecio á sí mismo, siempre que se acuerda de que se ha hecho aborrecible á los ojos de sus semejantes; y á estos, por otra parte, les suele ser muy difícil olvidar las acciones que les han afligido cruelmente.

A mas de esto, la reparacion del mal cuesta siempre infinito á la vanidad y á la codicia de los hombres. Esta reparacion requiere una grandeza de alma y un valor, de que un malvado no es capaz, sin mudar enteramente de caracter. He aquí porque tantos culpados se arrepienten de su conducta, y al parecer desean enmendarla, mas suele ser muy raro que reparen el mal que han hecho. Este arrepenti-

miento infructuoso, estos deseos abortados de justicia son efectos de la ignorancia, de la falta de fortaleza, de la debilidad de los aguijones de la conciencia, la cual no aflige ni atormenta bastante para romper por todo. La mayor parte de los hombres, cuando no estan confirmados en el vicio y en el delito, pasan su vida luchando al principio consigo mismos y acriminándose sus acciones; mas despues buscan é inventan sofismas con que adormecen su conciencia, siempre que esta despierta á fin de incomodarlos.

Los hombres temblarian si pensasen en las consecuencias que de sus pasiones les resultan. La naturaleza, para castigar al delincuente, ha permitido que haya crímenes que carecen de enmienda. ¿Como volver la vida á un amigo fiel, á quien su colérico amigo ha muerto en desaffo? ¿Como un tirano, cuyos escesos hicieron desgraciado á todo un pueblo por muchos siglos, podrá reconciliarse consigo mismo? ¿De que modo podrán cesar los remordimientos de un conquistador, cuando su imaginacion le represente los gritos y clamores de las naciones asoladas? ¿Como apaciguar la conciencia de un ministro, cuyos pérfidos consejos han destruido el bien y la felicidad de sus conciudadanos? ¿Hay acaso medio alguno para inspirar tranquilidad al corazon de un juez, cuya ignorancia ó iniquidad han quitado la vida al inocente? En fin, ¿como sosegar el espíritu

del que se ha enriquecido y cebado con la sangre del pobre, de la viuda y del huérfano?

Semejantes hombres ni aun perciben siquiera los clamores de la conciencia, porque su voz se ahoga en el tumulto de los negocios, el bullicio de los placeres, el desenfreno de los vicios, los aplausos serviles, y los pérfidos consuelos de los impostores que los rodean. Cuando por casualidad la conciencia alza dentro de estos su voz; cuando su imaginacion sobresaltada les pinta las consecuencias trascendentes, y muchas veces irreparables de sus pasiones, se le procura sosegar con remedios imaginarios; la supersticion se encarga de satisfacer todos los crímenes; y con el favor ó auxilio de ciertas exterioridades y prácticas establecidas les ofrece los medios de aplacar los manes de los que han sido sacrificados por su ambicion, su codicia ó sus venganzas; y con esto los delinquentes mas odiosos se creen lavados de sus manchas y torpezas; pero bien pronto vuelven á cometer los mismos crímenes, sin sentir ya un remordimiento tan fácil de aquietar. ¿He aquí las artes con que se procura consolar la conciencia de aquellos, cuya conducta influye del modo mas cruel sobre la felicidad y las costumbres de las naciones!

La moral, fundada en la naturaleza, no tiene medicina para curar las llagas cancerosas de la conciencia de los hombres endurecidos en el crimen; á sus ojos un arrepentimiento estéril

nada puede enmendar; ni cree que un inútil dolor baste á tranquilizar al malvado que persiste en sus iniquidades; le condena, si, á gemir hasta el sepulcro bajo el azote de las furias, sin permitir que sus heridas cesen de arrojar sangre; y la conciencia, en fin, hace que á falta de los castigos de los hombres, de que se burlan los tiranos, sea ella misma su verdugo. Es una crueldad, es una traicion contra la especie humana el designio de calmar los remordimientos de los que son causa de la infelicidad y desolacion de la tierra. Por el contrario, que esperimenten ellos, si es posible, todos los tormentos de la ignominia, del terror, y del desprecio de sí mismos hasta que hagan cesar las desgracias é infelicidades que producen. La sola espiacion que la moral puede ofrecer á un delincuente, es abominar y separarse del delito. Solo haciendo los mayores bienes á los hombres, se les puede hacer olvidar las penalidades que se les han causado; reconociendo sus estravíos el hombre aprende á corregirlos, la idea de la felicidad que procura á los otros es el único medio de acallar su conciencia, cuando le acuse los daños y desastres de que en otro tiempo fue causa. La serenidad de la conciencia es fruto y recompensa de la inocencia y la virtud. La conciencia del malvado le pone á la vista sus llagas espantosas: la conciencia del vicioso desengañado le enseña sus cicatrices ya cerradas: la conciencia del hombre de bien le asegura una

salud constante. Hacer que los hombres disfruten de la paz interior, y vivan satisfechos de sí mismos, á consecuencia del placer y la felicidad que proporcionan á los otros, este es el fin sublime que se propone la moral.

FIN DE LA SECCION PRIMERA.